



LAS TRANSFORMACIONES

WHO IS WHO:

JEKYLL Y HYDE

CHAQUETEAR cambiando de chaqueta es cosa que, en el mejor de los casos, tiene un mérito relativo. Lo que se dice bueno es cambiar de chaqueta epidérmica, como las serpientes hacen anualmente, porque eso resulta más convincente, pero duele más y requiere cambio inmediato del documento nacional de identidad: a nueva jeta nueva tarjeta, que dicen los chupatintas.

Por ejemplo, el doctor Jekyll y mister Hyde. Jekyll era un alma de Dios, conservador y de derechas, que sobrevolaba la incipiente sociedad de consumo victoriana a base de caridad y benevolencia derechista, y esto, claro, lo hacía en público. Pero cuando se hacía de noche se volvía el «señor Hyde, señor, no doctor, que es más conspicuo e impide la actividad ideológico-clandestina. Bueno, pues Hyde, que significa dos cosas: «escondarse» y «pellejo», se escondía de noche, cambiaba de pellejo ideológico behaviorista, qué diría un cursi, se hacía de izquierdas, y como entonces aún no se había publicado el manifiesto comunista, pues le salían colmillos de rabia que le entraba y se dedicaba a chupar sangre, algo así como al que le gustase ser mahometano antes del nacimiento de Mahoma o comer patatas antes del descubrimiento de América.

Bueno, pues el doctor Jekyll, creado por Ralph Lewis Stevenson y ahora proliferante, cambiaba de «hyde» y se volvía el «señor a escondarse», una especie de revolucionario sin causa socialmente postinera, en fin, un frustrado que desahogaba su mala sangre en las venas del prójimo más próximo. Esto es chaquetear a ultranza y lo demás son ostras en vinagre.

Resumamos, pues: el doctor Jekyll arramblaba con lo que podía al ritmo de «Dios salve a la reina», que es lento y majestuoso, seguro de sí mismo; el señor Hyde se escondía al ritmo de la Pre-internacional, que se desboca porque no sabe donde parar. Y en estas estamos. ■

PARDO.



LOS SOBRINOS DEL DR. JEKYLL



Manolito y Richard Jekyll cuando son buenos y de derechas.



Los mismos, transformados en Manolito y Richard Hyde cuando son malos y de izquierdas.



E
hasi
Era
se h
era
par
tarl
teni
gan
tico
Era
cam
que
has
jam
cion
rial
Hub
por
ser
de
M
tiem
dose
jam
ama
crea
habi
cárc
uña
cinc
pren
mac
grito
rió t
raci
estre
calle
go:
Bilb
grac
Le
lia. V



POLITICAS DEL DR. JEKYLL

El doctor Jekyll incluso pensó en fundar una asociación intitulada "Alianza de las Esencias Inmobiliarias", más que nada porque a el maderamen temblaba debajo de sus pies. Era tan hermoso como un león y en su juventud había dedicado a cazar rojos al ojeo. Pero no era tonto y veía que los discursos no servían ya para nada, y que, a sus años, empezaba a resultar difícil trepar. Hombre honestísimo, había criado once hijos por telegrafía sin hilos, obediendo a sus espermatozoides a un salto gimnástico de siete metros y veinticuatro centímetros, como una Nasa en pequeño. Pero las cosas no iban bien. No es que las cambiase nadie, es que cambiaban solas. Los rojos del piso de abajo se metían a entrar en el ascensor con él, cosa que jamás había ocurrido. Hubiera querido evolucionar desde su resplandeciente belleza hasta una cierta fealdad de comisión obrera. Necesitaba mil años. ¿Cuanto habría dado por ser un vencido, por ser un poco la horda, por una víbora lúbrica, por venderse algo al oro de Moscú, por haber leído a Azaña! Ya no había tiempo. Se encerró en su laboratorio, y despojándose de la armadura, sin la que nadie le había visto jamás, pues había nacido con ella puesta, lloró largamente. Luego, más calmado, se dispuso a preparar la pócima salvadora. Un correligionario, que ya tenía la suerte inmensa de ingresar en la cárcel, le había enviado sangre de Carrillo, una de Camacho, una lengua de hiena comunista, un huevo de plumas a sueldo, un hígado de esa canallesca y un rizo de Pio Cabanillas. Lo había hecho bien, pero sin odio, y se lo bebió. Su rostro fue horrrisono. Aquel rostro bellissimo adquirió todos los signos de la maldad y de la degeneración. Una luz asesina apareció en sus ojos oscuros. Salió como una furia a la calle. ¡Fuera doña Pilar Careaga! (Es que era de mala racha). Nadie le hizo caso. Era ya feo, pero desafortunadamente no se había vuelto rojo. Le había faltado echar en la pócima una hominida. LICANTROPO.



EL TRASVASE IDEOLOGICO

COMO se sabe vivimos tiempos de acollonados, de ratas que abandonan el barco, de sastres que confeccionan chaquetas reversibles. Bueno, eso tampoco es tan grave. Esta estrategia del miedo es muy normal en la mayoría de los políticos. Eso ha sucedido siempre, la cosa viene de los griegos. La diferencia consiste que unos políticos cambian de posición elegantemente, sin descomponer la figura y otros lo hacen perdiendo el culo, dejando pelos en la gatera. Ahora vivimos tiempos de mucho trasvase y la gente del hampa de la situación busca colocarse, cubrirse, jugar a dos paños. Pero en esto como en todo hay tontos y listos, unos que lo hacen bien y otros que lo hacen mal. Unos que como los contrabandistas de altura navegan en el límite de las aguas jurisdiccionales y no se sabe nunca si su alijo ideológico está dentro o fuera; otros que cogidos por un pánico súbito se arrojan al agua con la maleta antes de tiempo y se ahogan; otros que con un cinismo bastante gracioso se pasean por la cubierta y cambian de chaqueta tranquilamente cuantas veces haga falta para llevarla perfectametne acomodada al parte meteorológico. Y otros que se refugian en el bunker y se dedican a darle pienso al caballo de Santiago y a limpiar el ánima del rifle con la baqueta, a ver qué pasa.

Esto del trasvase de políticos de un bando a otro está muy bien pero hay que reglamentarlo para que no se produzcan aglomeraciones, para que no haya embotellamientos a última hora. Alguien debe meter a los chaqueteros en un escalafón, alguien tiene que poner orden en el puente para que las lanchas salvavidas bajen a la línea de flotación en perfecto orden. Aunque uno cree que lo mejor sería soltar una ley por ahí de forma que a los políticos se les asimilara a los futbolistas que pueden cambiar de equipo sin que pase nada; podrían vestir una camiseta distinta cada temporada y defender colores distintos con el mismo noble ardor. Un jugador del Real Madrid puede fichar por el Barcelona y sigue dando patadas furibundas. Un fascista puede convertirse en demócrata de la noche a la mañana y cambiar el tambor por la urna y la gente tiene que verlo como muy normal. Ahora, eso sí, este trasvase de políticos debe meterse en una federación. ■ VICENT.

